

lar de sus manos ó de su inteligencia desaparecía en la unidad militante; quitarle el *prest era* echarle de seguro ó á la muerte por el hambre, ó á la subsistencia por medio del delito ó del crimen...

Un pueblo así, con ese exceso de masa militar, si es fuerte como la antigua Roma ó como la Francia de Napoleon, tiene un supremo recurso salvador dando salida y actividad por medio de ventajosas guerras exteriores á su elemento militar sobrea-bundante que puede vivir á costa del país domi-nado; pero un pueblo débil é incapaz de provecho-sas guerras invasoras como lo es México, reducido á las mismas circunstancias, sucumbe congestio-nado por sus gastos de guerra.

XVI.

Juarez comprendió esto, y en consecuencia diez-mó el ejército de noventa mil hombres que á la caída del imperio se le presentaron reclamando su grado en el escalafon y su lote en el presupuesto de guerra. Y desde entónces una gran masa de mi-

litarismo licenciado ó no reconocido, guerrillero^s con altas graduaciones pescadas en la revuelta, *chinacos* de naturaleza anfibia entre el soldado y el bandido, jóvenes acostumbrados á la vida de holganza ó de aventuras del ejército, padres de familia que no concebían la manutención honrada de su cónyuge y prole sin el *peso diario* del paga-dor de su cuerpo, todos ellos quedaron flotando en la superficie social, como las burbujas de impura crema que sobrenadan en ciertos líquidos, y esos hombres-burbujas que, separados y dispersos no hacían más que particulas de desórden, ligados entre sí por cualquiera fuerza cohesitiva tenían que formar una nata de revolucion.

Esa fuerza de cohesion vino á ejercerla un hom-bre, soldado de ambicion y de cierta gloria ganada en las luchas contra la intervencion francesa. Era él Porfirio Diaz. Una figura como la suya, con un papel que dijera cualquier cosa como *Proclama ó Plan*, ensartado en la punta de su espada, era lo que se necesitaba para que toda aquella masa flo-tante de militarismo se moviera hácia él de todos los puntos del país, condensándose á su alrededor. Aquella masa puesta en movimiento fué revolu-

cion; primero de la Noria, luego de Tuxtepec, después de Palo Blanco; tres fases distintas y un solo fondo verdadero: el engendro escuálido de medio siglo de revoluciones, el hambre de nuestra inmensa población militar alzándose, disfrazada de planes políticos, para tener pan.

D. Benito Juárez, con la acción vigorosa de un ejército relativamente corto, pero fuertemente organizado, supo anular los efectos de esa revolución social, vencéndola en los combates (la Bufo, la Ciudadela, la Noria), y por otra parte, dió á la expansión del militarismo porfirista una válvula de seguridad, dejándole poder de representación y de lucha parlamentaria en el Congreso. Pero esa revolución, contrarestada por Juárez, sobrevivió á él. Siguió como pavoroso problema frente al gobierno civil de D. Sebastian Lerdo de Tejada.

Y era en aquellas lomas de la sierra poblana, era en el día siguiente á aquel 15 de Noviembre de 1876, el lugar y el tiempo en que la incógnita del problema tenía que despejarse. Ya conocemos sus términos y lo hemos dejado planteándose. Los campamentos de los beligerantes guardaban entre

sí una distancia aproximada de dos cuartos de legua. En ese espacio divisorio había el cauce de un arroyo seco á la sazón, porque así está siempre en el período invernal del año, y en el mismo espacio se alzaba un pequeño cerro con una haciendita en la falda. El arroyo seco se llamaba arroyo de Tecocac; el cerrito, cerro de Tecocac; la hacienda, hacienda de Tecocac. . . . Aquellos tres Tecocac iban á ser los padrinos encargados de bautizar con su propio nombre á la crisis social que iba allí á resolverse.

XVII.

Tecocac.

Brilló la aurora del día siguiente sobre los beligerantes acampados, y entónces pudieron éstos reconocer el terreno en que se hallaban. Hay paisajes que no pueden verse ni describirse sin recitar, aunque sea por lo bajo, el verso de Rioja:

Campos de soledad, triste collado. . . .

El campo de soledad era el llano árido de Hua-

mantla; el triste collado era el cerro pedregoso de Tecocac. Magueyeras, mieses heridas por la hoz del segador, hacinamientos de paja y rastrojo, vegetaciones de la arena y del invierno, era todo lo que hablaba de vida en el muerto paisaje. Luego, aquel arroyo seco, ondeando bajo los piés como una serpiente muerta, y aquel volcan emblanquecido, limitando á lo léjos la mirada, no hablaban más que de algo ausente ó apagado. El agua no llega á la Hacienda de Tecocac más que por la escasa y extraordinaria que le mandan las lluvias, y esa agua, recogida en aljibes ó *jagüeyes*, apenas sirve para las más precisas necesidades del largo período de sequía. Y allí donde falta el agua, ese jugo de la naturaleza, allí la flor no crece, y la tierra misma parece quejarse y exhalar su tristeza en ortigas, púas de maguey, plantas sin matiz ni frescura. . . . Decidir allí del porvenir de un pueblo, era decretar un alumbramiento en un campo santo. Los antiguos, que tenían ménos razon, pero más sentimiento que nosotros, habrían rehusado aquel lugar para jugar la suerte de una nacion, y habrían ido á batirse á cualquier otra parte; porque el terreno en sí mismo les hubiera parecido de

peores agüeros que una bandada de águilas. En la historia de las grandes batallas, aquellas que han tenido por teatro malos terrenos, ya por exceso de agua ó falta de ella, no han producido nada bueno. En los pantanos de San Quintin triunfó Felipe II, y en los arenales de las Pirámides, Napoleon. El uno y el otro para afianzar en el mundo el despotismo.

XVIII.

16 de Noviembre de 1876.

Porfirio Diaz tenia la ventaja del número; pero su fuerza, recogida en pelotones, al galope de su caballo de pronunciado, adolecia de la irregularidad empleada en su formacion. No era ciertamente *chusma*, como la llamaban los periódicos lerdistas de aquella época; tenía, por el contrario, su organizacion de batallones uniformados, siquiera fuese á la ligera; distingüfáanse entre ellos los serranos, semi-salvajes, pero disciplinados y aguerridos, con

sus camisas de lienzo ceñidas por el tahalí militar; lo osaxaqueños, con sus blusas y anchos sombreros de palma rodeados por liston rojo; y todos bien ejercitados en el manejo de los Remington, que era su armamento general. Pero ni aun en esas ventajosas condiciones, aquella fuerza heterogénea, fatigada por larga vida de campaña, nutrida entre las zozobras de la defensa y los ardores del ataque podía estar en relacion de igualdad con las tropas lerdistas, casi de refresco, más compactas por su formacion regular, y provistas de mejor caballería y artillería.

La conciencia de esta inferioridad reducía á las tropas porfiristas á una actitud de pura defensiva que conservaron en todo el desarrollo de la accion. Replegadas hácia la falda de las cimas situadas al Norte del Arroyo de Tecocac y de la cañada que se forma entre dichas cimas y el cerro del mismo nombre, estaban desplegadas en tres cuerpos. En esa posicion y expuesto allí todo su efectivo, sin cuidarse de organizar cuerpo de retaguardia, parecia el ejército porfirista buscar su retaguardia natural en las montañas de la sierra de Puebla, don-

de la escabrosa topografía, para él muy conocida, en combinacion con los habitantes serranos, adictos á la revolucion, habian de favorecerle la retirada en caso necesario. Por eso la posicion porfirista en Tecocac más indicaba el proyecto de huir que la resolucion de combatir.

Serian las 8 de la mañana cuando empezó Alatorre el ataque. Habia éste distribuido sus 3.000 hombres en fracciones desplegadas en forma de media luna, que apoyaba un cuerno en el cerro de Tecocac ocupado por el general Topete; seguía continuándose en tropas á las órdenes del general Yepes; alcanzaba su mayor concavidad en las de la retaguardia, é iba á apoyar el otro cuerno cerca de la hacienda de San Diego Notario, cuyas inmediaciones eran ocupadas por otra porcion á las órdenes del general Villagran. Moviéronse á una Topete, Yepes y Villagran, como para envolver y atacar por frente y flancos al enemigo. Rompióse el fuego de fusilería, y los porfiristas contestaron á él retirándose y ascendiendo en la loma. La fusilería, siendo entónces de nulo ó de poco efecto, se hizo funcionar la artillería, vomitando granadas de espoleta. Pero las granadas al caer se hundian en

la arcilla arenosa; la espoleta, privada de encontrarse con un obstáculo resistente, no funcionaba, y el proyectil permanecía clavado en la arena, inofensivo como un aerolito. Replegábanse los lerdistas á sus posesiones como para tomar aliento tras tanto desengaño; volvian los porfiristas, tiroteando, á la falda y casi hasta el pié de la loma; volvian los lerdistas á avanzar en son de ataque hasta pasar el arroyo exhausto, y se repetía la retirada ascencional del porfirismo. . . . Aquello, más que de batalla, empezaba á tomar las trazas de un juego infantil de estira y afloja. Así, con ligeras variantes, continuó el combate-simulacro hasta las dos de la tarde. El sol, reverberando en aquellas arenas, el polvo asfixiante levantándose de ellas, la sed, el hambre, la fatiga; en una palabra, la pura naturaleza hostil del terreno iba á concluir aquella jornada que los hombres no podían terminar. Se retirarian los 5,000 porfiristas apénas mermados, hácia su fortaleza natural de la sierra de Puebla, y volverian los 3,000 lerdistas á aposentarse en Huamantla, y la situación respectiva de la revolución y del gobierno continuaria en el mismo estado. . . .

Quando una lucha llega á tales momentos de indecision, sucede lo que en una balanza cuyos dos platillos oscilan, perfectamente equilibrados: Una arenita, cayendo en un platillo, inclina de su lado la balanza; un elemento nuevo, por pequeño que sea, que llegue de fuera al centro de la lucha, apoyando á uno de los contendientes, decide en su favor la victoria. Ese elemento de refuerzo era en aquellos momentos esperado con toda certidumbre por parte de Alatorre, con alguna vaguedad por la de Porfirio. Había el primero dejado en Huamantla una fuerza de 3,000 hombres al mando del general Alonso, con orden de desprenderse hácia el campo de operaciones en las primeras horas del combate. Y como el general Diaz tuviese sus razones para esperar un refuerzo semejante, buen rato hacia que las dos partes, perdida la esperanza en sí mismas, se volvian al horizonte en busca del ansiado socorro, como náufragos que espíaran la aparicion de una vela ó de un mástil en los límites sensibles del mar. . . De repente, á esa misma hora (2 de la tarde) una nube de polvo cortada por puntos movibles fué percibiéndose en lo alto de las cimas que continúan como una pequeña cordillera

el cerro de Tecocac. . . . Tanto podía ser fuerza lerdista como porfirista. Lo que era, ella lo contestó muy pronto á golpes de metralla.

XIX.

Las defecciones lerdistas.

Y ántes de ver cómo se resolvió la situación del país en aquel centro de lucha, veamos lo que estaba ocurriendo en rededor. La fortaleza de gobierno civil que Juárez construyó, se desmoronaba en las manos de D. Sebastian Lerdo. Habia quitado torpemente al militarismo la representación y la lucha de la palabra en la Cámara unitaria entonces existente. Y cerrada al gas revolucionario esa válvula que Juárez le abría, iba el gas comprimido á dilatarse por todo el cuerpo del país, amenazando hacerle estallar. D. Sebastian, ciego á la evidencia de ese fenómeno, rehusaba prepararse á contrarrestar su efecto con fuerzas competentes. Un espía del mismo Alatorre, su primer general de combate,

enviado por él á Oaxaca, habia revelado con la voz elocuente del testimonio ocular, lo que era de numerosa y temible la turba agrupada en torno de Porfirio Diaz; y esa revelación no logró sacarle de su impasibilidad ni arrancar á su incorregible seguridad elementos preventivos. Añadiase á esta causa de ruina, la actitud hostil, en el seno mismo del gabinete, del general Ignacio Mejía, ministro de la Guerra. Habia él desconocido la legalidad de la reelección de D. Sebastian, y prestado por lo tanto, más ó menos directamente, su apoyo moral al partido que proclamaba la elevación á una presidencia provisional de D. José M. Iglesias, presidente de la Suprema Corte. Y siendo D. Ignacio Mejía la representación más caracterizada del elemento militar en el gobierno de D. Sebastian, faltando ella, el ejército vacilaba, inclinándose naturalmente á simpatizar con la revolución.

Y empezaron las defecciones. Un general Toledo dió el ejemplo, entregando á Porfirio la plaza de Matamoros con tropas y pertrechos de guerra. Y allí, en el acto de esa entrega, y en esa ciudad donde un día le echaron el agua bautismal, volvemos

á encontrar al protagonista de esta historia. Manuel Gonzalez, investido ya con el grado de general de division, habia asistido con Diaz á la toma de posesion de esa plaza. De ella se retiró Porfirio á librar la escaramuza de Icamolé, en que esquivó el combate con fuerzas lerdistas al mando del general Escobedo, y como aquel no volviera á la ciudad fronteriza, quedó en ella Gonzalez mandando en jefe, para salir á poco tiempo con objeto de incorporarse al grueso de las fuerzas revolucionarias con todos sus elementos. Constaban éstos en una buena parte de artillería, que por más que fuese de montaña, era difícil de conducirse á través de la vía que tuvo que elegir para llevarla en salvo. Era por los ramales de la Sierra Madre que en nuestra geografía son conocidos bajo el nombre de Huasteca (la Tamaulipeca y la Veracruzana) por donde él, en compañía del general Hinojosa, marchaba con su convoy de guerra. Llegados á Hidalgo, unieronse con él Cravioto y sus fuerzas, luego las del general Negrete, y por último, la defeccion lerdista, cundiendo desde la frontera hasta el corazón del país, les dió un nuevo y grande refuerzo. Otro ge-

neral de raza mongólica llamado Tolentino, fué el autor de esa defeccion. En él tuvo el lerdismo su más grande Iscariote. Habiale comisionado Alatorre para cerrar ó detener por lo ménos la irrupcion porfirista que amenazaba por el lado occidental de Tecuac. La irrupcion llegó en las personas de Gonzalez y de sus agregados, y aquel hombre, cargado ya con la plata sacada á la tesorería de Lerdo, bajo el título de gastos de guerra, sintió tentaciones de añadir á su carga algunas talegas porfiristas, para sumirse con todo ese peso y pasarse á la opuesta orilla del rio revuelto. Y con 800 hombres de caballería é infantería, con armas y bagajes, con todo, ménos con la plata adherida á su cuerpo, se pasó á la revolucion porfirista, incorporándose á Gonzalez. La voz corrió entre ambos ejércitos, lerdista y porfirista, de que ese acto de traicion frente al enemigo, con violacion de la fé militar, habia sido pagado por Gonzalez con dinero efectivo, y aun se tasaba el pago en *ocho mil pesos*. Toledo y Tolentino, los dos primeros defectores del lerdismo, tenian en sus nombres una raíz sospechosa. *Tole* parece estar acusando procedencia del verbo